



—¡Rediez! ¡Pus no hay pocos botijos pa tan poca agua en este San Isidro!



—Una romería al lao de un camposanto; ¡qué cosas tienen en este Madrid!
—Ya, que lo digas; ni á los muertos los dejan parar.



—¿Pusiste mi reloj con el de la parroquia?
—Sí, señor.
—Tráelo, á ver cómo marcha.
—Pus tendré que ir á buscarlo, que aún está colgau con el de la torre.



—¡Ahí val! ¡Qué tronada! ¡Buena la himos hechol ¿Ves? Por comer carne en día de vigilia.
—¡Chiquio! ¿Y por dos chuleticas se había de haber movido semejante tirrimoto?

y la carta le asombró.
Se vuelve loco por poco,
pues mientras veía el saco
y la carta, gritó loco:
¡Ese Juan es un bellaco
que tiene mucho de coco!
Pues estaba redactada
de este modo singular:
«Si la flaca no le agrada
cómase usté la cebada
que espero le ha de gustar»
J. SABAU Y ROMERO.

EL CLOWN PI-PI

La orquesta preludió un alegre paso doble, y á su compás apareció en la pista *Pi pi*, el famoso clown, el cual fué saludado con una salva de recios aplausos y un coro de infantiles carcajadas.

Pi pi comenzó sus trabajos de prestidigitación, acompañándolo con graciosas frases y oportunos chistes, y sin embargo, muchas veces se equivocaba, temblaba su pulso faltándole la seguridad precisa, y bajo la capa de colorete y polvos que cubría su semblante, se hubiera podido ver marcada en él una palidez intensa.

Pi pi, tenía una mujer de rostro ideal, cuyos ojos, como dos soles, irradiaban destellos deslumbradores; y su boca al sonreír, dejaba ver una dentadura como el armíño.

Y á pesar de estas bellezas, abrigaba un corazón de cieno, un alma podrida por el vicio. Jacinta, era adúltera, faltaba á la fe solemne que en un día prestó á su esposo.

Y aquella noche, un amigo, verdadero ó no, dijo á *Pi pi* que su mujer le engañaba, y que con el amante asistiría al teatro, y allí, escondidos en la penumbra del circo, y en la obscuridad de su infamia, tendrían el cinismo de verle trabajar y reírse con sus graciosas ocurrencias... Y por eso *Pi pi*, aquella noche estaba nervioso, temblón, y su vista, extraviada como la de un loco, recorría todos los ámbitos del circo, buscando á la infiel...

Por fin, el número cómico terminó, y el clown, con la desesperación en el alma y la rabia en la garganta, marchábase cabizbajo á su camerino, pues no había encontrado á los adúlteros, cuando un formidable y prolongado aplauso obligóle á salir para agradecer tal distinción... Al presentarse al público, éste reanudó la ovación, y *Pi pi*, repitió el número. Jugaba con unos cuchillos, haciendo ejercicios malabares... Inconscientemente, tropezó su mirada con dos personas, que, en un ángulo del circo, le miraban fijamente, y hasta creyó que le sonreían... Una oleada de sangre subió á su rostro: las sienes sintió que se le oprimían, y le pareció ahogarse de ira... ¡Eran ellos!... ¡Luego lo que le dijo el amigo era verdad!... ¡Luego no podía consolarse con la dudal...

Pi pi permaneció indeciso breves instantes; no sabía qué resolución adoptar; si matar á la adúltera, ó si no presenciar tal ultraje y quitarse la existencia... El público asombrado, contemplaba su perplejidad, y así lo comprendió *Pi pi*... Dominó su emoción, hizo varias piruetas, dijo cuatro ó cinco ocurrencias, y se puso á jugar de nuevo con los cuchillos... Aprovechó una oportunidad, cogió uno de ellos, y mientras hacía un cómico movimiento, se sepultó el arma hasta el mango, y cayó al suelo, haciendo unas muecas horribles...

Y en el circo se oyó una general y ruidosa carcajada, y una salva de estrepitosos aplausos...

Emiliano Ramírez.

COSAS QUE PASAN

Al cruzar por el mundo embebecidos Luis y Aurora, de frente se encontraron, y hallándose los dos bien avenidos, en amor se consagraron. Juramentos se hicieron á millones de lealtad, de constancia y de firmeza, y unieron sus amantes corazones

con sin igual destreza.
A su novia Luis le dijo un día:
—A no ir á tal baile te condeno,
y así harás en mi honor, gacela mía,
un sacrificio bueno.
—Bien, no iré—respondióle la doncella.
Mas tú tampoco irás en honor mío,
y lo dicho acataron él y ella,
sin replicar ni pío.

Pero, Luis, infiel, faltando á Aurora,
al baile encaminóse en derecha,
y allí encontró á la joven seductora
luciendo su figura.

Cruzaron sus miradas un instante,
y después de observarse, confundidos,
volvieron á otro lado su semblante
airados y corridos.

Y no se hablaron más. Aquel engaño
extinguió su cariño en un momento;
¡que puede más un solo desengaño
que un siglo de tormento!

Y aquellos infelices, que amor loco
se creían tener, sin estudiarse,
por poco se engañaron, y por poco
lograron olvidarse.

Hoy las almas son frágiles y entecas;
ya el amor en lo falso se mantiene;
pensar, sentir, querer... ¡Palabras huecas,
que no hay quien las rellene!...
Pepita Vidal.

ECOS DEL MUNDO

Los ayunadores — Otra vez sobre el tapete.— Discusiones.— Comyn.— ¡El gran problema!— Succí y Luicini.— Todos italianos.— El frasco misterioso.— ¿Tres meses sin comer?— Regular.— Los médicos.— Una sospecha que puede ser verdad.— El hábito hace al ayunador.— El apellido adecuado.

Todos creímos pasados de moda á los ayunadores, y, sin embargo, ahora vuelven á ser objeto de polémicas, de convereaciones y hasta de apuestas.

El motivo de todo ello es un tal Comyn, nacido en Italia, pero hijo de padres suizos, quien, á lo menos al parecer, ha logrado resolver el problema de vivir sin alimentarse, pues casi equivale á eso el pasar sin ingerir vianda alguna en su estómago durante diez y nueve días.

Desde luego se recuerda al citar este dato que han existido ejemplares de hombres que podían resistir largo tiempo sin comer en mucho mayor transcurso que éste; pero conviene tener presente que Comyn no usa durante sus ayunos aguas, licores, ni drogas compuestas por él, como hacían por ejemplo, Succí y Luicini, italianos también como él, que tomaban diariamente una ó más cucharadas de un frasco misterioso, y que lograron demostrar de un modo inconcuso que vivían sin comer de uno á tres meses.

Otra particularidad ofrece este hombre extraordinario, y es la de que apenas si disminuye de peso ni de potencia muscular durante sus ayunos, y únicamente en el rostro, que se acentúa más en las facciones y en los pómulos y barba que se vuelven algo angulosos y puntiagudos, es donde se observan los estragos de la falta de alimentación.

Este sujeto, que al presente cuenta veintiséis años de edad, no es alto ni fornido, constituyendo por todo su aspecto el prototipo del término medio, la encarnación del tipo que aquí llamamos gráficamente regular.

Este hombre no experimenta tampoco la fatiga tan común en los ayunadores; su pulso permanece inalterable y no le asaltan insomnias, ni vértigos, ni asegura dolerle jamás el estómago.

Bebe tan sólo agua durante sus ayunos, merced á la cual (las burbujas de hidrógeno se lo facilitan) desocupa su exhausto estómago de aire; pero en cambio cuando no precisa ayunar, resulta un alcohólico en alto grado.

Los médicos de Filadelfia, que es donde acaba de presentarse, le han estudiado con una escrupulosidad grandísima y no han faltado algunos que lleguen á sospechar que el alcohol contenido en el cuerpo del que ayuna, repartido por los tejidos, y en especial en los del estómago, es quien le da fuerza para poder nutrirse, aun que de un modo muy imperfecto, durante sus viglias.

A ningún hombre de mediano saber se le oculta hoy que el alcohol alimenta y si no nutre, en el sentido de la palabra, sostiene y evita enervamientos, por lo menos. Sabido es también cómo los «alcohólicos habituales», aun mucho tiempo después de haber dejado de serlo, ofrecen á la autopsia y al análisis cantidades que pueden transformarse, merced á la ciencia, en puras de aquel líquido.

No es, por consiguiente, muy aventurada la sospecha de los médicos americanos.

Si se tiene en cuenta la costumbre, debe decirse que este sujeto, que ha hecho varias campañas como soldado, refiere haber estado en distintas ocasiones muchos días sin poder comer.

Sea como quiera, ahora anuncia su presentación en Londres, donde podremos verle más de cerca y donde podrá ser allí bien estudiado.

Veremos si este Comyn es ni comen.
Doctor Traveller.

CURIOSIDADES

LA ORATORIA... PRUDENTE

Hace mucho tiempo que resultaba perfectamente comprobado que los grandes oradores no sabían coordinar un escrito medianamente razonado, y se daba el caso de que una persona suficientemente conocida en el foro ó en la tribuna parlamentaria, no supiese redactar una carta particular.

Análogo suceso ocurre cuando á un literato se le ordena ó se ve obligado á improvisar un discurso, en cuyo caso suele ocurrir que hombres tan fáciles de pluma, como el mismo lord Chamberlain y Salisbury, no sepan hacer bien un brindis sencillo, que cualquiera otro, con menos motivos y razones, hubiera pronunciado.

La curiosidad del día la constituye la observación de lady Snowe, la cual asegura que todos los grandes oradores son excesivamente prudentes.

De intento hemos subrayado la anterior palabra; pues aun cuando es la que ella emplea (traducción *ad pedem listerem*), lo que quiere dar á entender la famosa profesora, es que á mayor energía y coraje de los oradores, corresponde una equivalente de miedo (en muchos casos de terror) en ellos.

Si hubiéramos de seguir paso á paso la historia de nuestros grandes oradores, es probable que resultara comprobada esta teoría, sin más que fijarnos, por ejemplo, en el duque de Rivas y en Castelar; pero es que ahora se trata del propio Chamberlain, y resulta que este hombre, que es uno de los responsables de la guerra del Transvaal, acaso el primero, tiene tanta energía hablando como poco valor haciendo.

Cuéntase que este hombre que ha lanzado sobre la república del Sur de Africa á lo mejor del ejército inglés, es uno de esos sujetos que no pueden oír el disparo de un cañón, y mucho menos el estallido de una bomba, de una granada, ó de uno de los proyectiles modernos; y que es, en

suma, uno de esos timoratos que se asustan al menor ruido, pero que son capaces de lanzar y dirigir todos los ejércitos del mundo, con todas las energías de un Napoleón ó de un Alejandro, contra cualquiera que se oponga á los que él cree que son sus designios.

Resulta de todos estos datos (recopilados en un tomo por la Casa Steinphen), que á mayor oratoria corresponde una menor valentía, y que ahora aparece comprobado, que, como refieren las tradiciones, Demóstenes, aquel hombre á cuya voz se levantó contra Alejandro la Macedonia entera, exclamara, aterrorizado, al ver sus vestidos enredados en unas zarzas:

—Dejadme libre; ¡yo correré!

Conste, pues, como curiosidad indudable, la de que por regla general los oradores son los más prudentes en los hechos, («quien mucho habla...»), los más mesurados, y que, como en su idioma dice lady Snowe, los que más temen.

Ptolomeo.

REGALO EPIGRAMATICO

Al alcalde del lugar le pensó Juan regalar dos gallinas que tenía, pues quiso recomensar favores que le debía. Y aunque el regalo era malo y de muy poco valor, lo encontró mucho mejor que cualquier otro regalo que fuera mucho peor. Pues Juan se formó este juicio: «Si una gallina es delgada, otra está muy bien cebada, y no tiene desperdicio, si se la come guisada.»

También Román, el barbero al alcalde pretendía obsequiar; y el majadero mandó un saco chico, pero que cebada contenía.

El alcalde recibió con el saco de Román, la carta que le mandó con sus dos gallinas Juar